

El olvido de las mujeres asesinadas en el movimiento estudiantil de 1968 en México

Alessa Pech M. / Osvaldo Romero M.
Universidad Autónoma de Tlaxcala

RESUMEN

El objetivo de este trabajo de investigación es visibilizar la participación política de las mujeres en el movimiento estudiantil de 1968, como una parte importante y sustancial en la configuración y organización del movimiento. En ciertos análisis de las ciencias sociales, les han negado la voz a las mujeres, si bien ellas lucharon por las demandas de la democratización política de la sociedad mexicana, la libertad, contra el autoritarismo gubernamental, pero, sobre todo, contra la sociedad patriarcal, la libertad sexual y de pensamiento, lo que desarrolló nuevas formas de lucha feminista que marcaron la historia política de México.

Palabras clave: movimiento estudiantil, Estado represor, mujeres, política, libertad, violencia, asesinatos.

ABSTRACT

This paper explores the political participation of women within the 1968 student movement as an important and substantial part of the formation and organization of the social movement. Some research in the social sciences has denied women a voice, but women have fought for political democracy in Mexican society, for political freedom, for sexual freedom, for liberty of thought, against despotic government, and above all against patriarchal society. This has led to the development of new means for the feminism struggle that marked Mexico's political history.

Keywords: student movement, repressive state, women, politics, freedom, violence, political murders.

El movimiento estudiantil de 1968 en México durante el periodo de gobierno de Gustavo Díaz Ordaz (presidente de la nación entre el 1° de diciembre de 1964 y el 30 de noviembre de 1970) ha sido abordado por distintos investigadores dada su gran importancia en la historia mexicana. Antropólogos, sociólogos, historiadores y periodistas se han ocupado de él desde sus diferentes disciplinas. Sin embargo, aún se percibe una ausencia: la de las mujeres. Algunos investigadores han referido que ellas no estuvieron presentes en el movimiento estudiantil; otros, que su participación no resultó significativa ni influyó mayormente. Sin embargo, como veremos, las mujeres constituyeron una parte fundamental del mismo.

El movimiento estudiantil del 68 resulta significativo y atrayente para el mundo intelectual y académico por tres grandes razones. Por un lado, unió a estudiantes, profesores, intelectuales, obreros, campesinos, padres y madres de familia, amas de casa e incluso sacerdotes en una misma lucha contra el gobierno mexicano autoritario de aquellos años. Es preciso no olvidar que las mujeres formaron parte de esta lucha, y no sólo las estudiantes de diversas preparatorias y universidades que participaron de manera activa, sino también amas de casa y madres de familia.

Por otro lado, la matanza del 2 de octubre de ese año, en la que el Estado mexicano imprimió con muerte, cárcel y sangre su sello de violencia y represión para disipar el movimiento, representa una de las tragedias más grandes e indignantes sufridas por el pueblo mexicano. Hombres, mujeres y algunos niños que estaban presentes ese fatídico día fueron testigos y víctimas de la violencia y represión del Estado.

Finalmente, ese movimiento es tan importante por el cambio que representó tanto en lo cultural como en lo social y, por supuesto, en el aspecto político para todo el pueblo mexicano. En esta lucha las mujeres del 68, convencidas de los ideales del movimiento, no sólo enfrentaron el autoritarismo del Estado, sino también el sistema patriarcal que las oprimía y dictaba que no debían inmiscuirse en estos asuntos.

La matanza del 2 de octubre ha sido el acontecimiento más enfatizado por los actores políticos, por el pueblo y por los investigadores debido al brutal despliegue de violencia del gobierno mexicano por medio del ejército y del grupo paramilitar denominado Batallón Olimpia, que cobró más de 300 muertos, miles de heridos y miles de detenidos, hecho que estremeció al país entero y que más tarde sería aceptado por el propio Gustavo Díaz Ordaz.

Tras el fatídico 2 de octubre, fue a los encarcelados, líderes varones, a quienes se les dio todo el protagonismo. Convertidos en presos políticos por el Estado mexicano represor, fueron ellos quienes narraron el movimiento estudiantil del 68, en sus relatos se situaron a sí mismos por encima del pueblo y desdibujaron las bases del movimien-

to, en tanto que la participación de las mujeres quedó minimizada y muchas veces “invisibilizada”.

El objetivo de este trabajo es hacer visibles a esas mujeres que participaron en forma activa en el movimiento estudiantil y que no sólo fueron una parte importante en su configuración, sino que además lograron una transformación para sí mismas como parte del proceso. En un contexto diferenciado para hombres y mujeres, y en un escenario bastante masculinizado, donde los varones gozaban de una práctica política, las mujeres debieron salir de la esfera doméstica para tomar conciencia social y formarse una autoconciencia. El propósito aquí no consiste en desacreditar la versión de los líderes varones ni restar importancia al horror de la masacre de Tlatelolco ni a la degradación de lo vivido en la cárcel, sino aportar más al estudio del tema, en vista de que las mujeres también fueron una parte importante y deben ser tomadas en cuenta por la importancia que reviste.

Este trabajo se divide en cuatro pequeños apartados, el primero dedicado a la configuración del movimiento estudiantil, donde se narra en breve desde el acontecimiento que dio nacimiento a la indignación y lucha contra el autoritarismo mexicano hasta la consolidación del movimiento, para lo cual la participación de las mujeres fue de suma importancia. El segundo segmento aborda la represión y violencia ejercida por el Estado mexicano el 2 de octubre para disipar el movimiento. La tercera sección alude a la labor de las mujeres tras ese trágico acontecimiento, y el cuarto subtema plantea cómo se desdibujó la participación de las mujeres del 68 con las narraciones de los presos políticos. Al final presentamos una breve conclusión.

Para la elaboración de este trabajo se llevó a cabo una revisión bibliográfica de cuatro artículos sobre el movimiento estudiantil del 68 en México. Tomamos como base las aportaciones de Deborah Cohen y Lessie Jo Frazier (2004) para abordar la participación de las mujeres en el movimiento, pues estas autoras, en su trabajo “México 68: hacia una definición del espacio del movimiento. La masculinidad heroica en la cárcel y las ‘mujeres’ en las calles”, elaboraron y analizaron entrevistas a mujeres que participaron en el movimiento estudiantil, las cuales revelaron que, contrario a lo que otros autores han sostenido, las mujeres sí estuvieron presentes y fueron parte importante de este movimiento. Las autoras refieren que en un primer momento encontraron a 60 mujeres que habían participado y que al entrevistarlas la lista se duplicó. Aquí intentamos articular el trabajo de Cohen y Frazier con el artículo “El movimiento estudiantil de 1968 en el proceso de radicalización hacia la lucha armada en México: 1968-1971”, de la investigadora Florencia Ruiz Mendoza, en vista de que esta última realiza una cronología del movimiento que permite dar

cuenta de su proceso. Por último, las lecturas de “Otra mirada al 68: mujeres universitarias en Puebla”, de Gloria A. Tirado Villegas (2004), y “La participación de la mujer universitaria en el movimiento estudiantil de 1968 en México”, de Karina Lvone Cruz Flores (2011), permitieron complementar el trabajo. Por supuesto, las lecturas sobre teoría política feminista han permitido, en un primer momento, despertar el interés por hacer visibles a las mujeres en muchos aspectos de la vida social y política de las que han sido borradas, y por el otro permite que surjan nuevos cuestionamientos que resultarían interesantes para un posterior análisis del movimiento a la luz de las teorías feministas.

Las mujeres del 68 en la configuración del movimiento estudiantil de México

El que sería el movimiento social más importante para México comenzó a escribirse el día 22 de julio de 1968, cuando granaderos del 19° Batallón de Infantería se adentraron en la escuela Vocacional núm. 2 del Instituto Politécnico Nacional (IPN) a fin de terminar con una riña entre sus estudiantes con alumnos de la Preparatoria Isaac Ochoterena, incorporada a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Los granaderos hicieron uso excesivo de la fuerza, al golpear y detener a varios estudiantes —algunas versiones señalan que además dos maestras fueron violadas.

Esto causó indignación en la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET), organismo estudiantil perteneciente al IPN, que convocó a una marcha para el día 26 de julio de ese año en protesta y solidaridad a sus compañeros por lo ocurrido. El autoritarismo del gobierno mexicano, presidido por Gustavo Díaz Ordaz, se revelaba cada vez más insostenible para el pueblo mexicano, que anhelaba una mayor apertura y participación política.

Ésta no fue la primera movilización social en México en esos años, si bien sigue siendo la más importante del país hasta nuestros días por las razones comentadas en la introducción de este trabajo y que desarrollamos a continuación, articuladas a nuestro análisis de la participación de las mujeres del 68 en el movimiento estudiantil.

Ante la indignación por lo ocurrido el 22 de julio, las mujeres que poco a poco habían empezado a tener acceso a estudios superiores no se mantuvieron al margen, y desde un inicio algunas estudiantes se unieron a las marchas y protestas contra el autoritarismo del gobierno mexicano, a la par que otros estudiantes y maestros. Como observaremos a lo largo del presente texto, y pese a la falta de reconocimiento de

su participación, constituyeron una parte fundamental en el movimiento estudiantil. La investigadora Karina Lvone Cruz Flores expone lo siguiente respecto a la participación femenina:

El interés de los ciudadanos de una mayor apertura y participación política también fue compartido por amplios sectores de mujeres que, de igual modo, querían ejercer sus derechos de ciudadanas, por lo que se hicieron presentes en un ambiente de protesta e inconformidad. Las mujeres fueron testigos y protagonistas de los cambios de época y por medio de su participación mostraron su importancia ante las problemáticas que estaban en la raíz de la inconformidad y las luchas sociales, en particular ante sus problemas específicos. Quizá una causa y un efecto de la toma de conciencia de su función, como fue el acceso de un mayor número de mujeres a estudios superiores, especialmente a los estudios universitarios, les permitió adquirir un capital cultural desde el cual reflexionar en torno a su condición en la sociedad mexicana (Cruz, 2011: 4).

Para continuar con la cronología del movimiento, por otro lado, y a la par de la manifestación del IPN, la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED) se dio cita para marchar por el aniversario de la Revolución cubana. El entonces Departamento del Distrito Federal (DDF) había autorizado la realización de ambas marchas. Sin embargo, los jóvenes de ambas manifestaciones resultaron crudamente reprimidos. La policía y los granaderos golpearon y detuvieron a los estudiantes, con un saldo de decenas de heridos.

Ante esto, el 30 de julio la FNET dio a conocer un pliego petitorio que incluía siete puntos:

- 1) Destitución de los jefes policiacos capitalinos.
- 2) Destitución de los responsables de las tropelías cometidas contra los estudiantes de la vocacional.
- 3) Indemnización de estudiantes lesionados.
- 4) Expedición o aplicación de un reglamento que delimitara la intervención de los comisionados del orden público.
- 5) Desaparición de las fichas policiacas de estudiantes detenidos.
- 6) Excarcelación de los estudiantes presos e información sobre los desaparecidos.
- 7) Desalojo inmediato de las escuelas por parte de las tropas federales y policiacas.

El gobierno mexicano respondió con más violencia. El 30 de julio, el 2° Batallón de Infantería del ejército lanzó un *bazukazo* contra la puerta de la Preparatoria núm. 1 de la UNAM. El entonces rector Javier Barros Sierra se pronunció de inmediato y

condenó el ataque, lo cual vino acompañado de más represión contra los estudiantes. Las facultades, escuelas y preparatorias de la UNAM empezaron a organizarse con rapidez. El 1º de agosto el rector encabezó una marcha con los estudiantes, maestros y trabajadores de la UNAM, en la que también participan mujeres.

El 4 de agosto los comités representantes del IPN y de la UNAM dieron a conocer un segundo pliego petitorio con seis puntos:

- 1) Libertad a presos políticos.
- 2) Renuncia del jefe y subjefe de la policía capitalina y del jefe del Batallón de Granaderos.
- 3) Extinción del cuerpo de granaderos.
- 4) Derogación del artículo 145 y 145 bis⁴ (referentes a delitos de carácter político).
- 5) Indemnización a los deudos de los estudiantes fallecidos hasta ese momento y gastos médicos para estudiantes lesionados.
- 6) Deslinde de responsabilidades de los actos de represión cometidos por las autoridades.

Cabe mencionar que no sólo se pedía la libertad de los presos políticos que ya había del movimiento, sino que también se exigía la liberación de los presos políticos de movimientos sociales anteriores.

El 8 de agosto quedó formalmente constituido el Consejo Nacional de Huelga (CNH), órgano que aglutinó a las escuelas y organizaciones de izquierda en el movimiento. El CNH reivindicó el segundo pliego petitorio. La estructuración del movimiento fomentaba las prácticas democráticas.

El CNH se componía de representantes elegidos en cada escuela o facultad; detrás de esa estructura formal había órganos de representación más pequeños que coordinaban las escuelas o facultades. Aunque el consejo debatía las estrategias de alto nivel, como el momento para realizar un mitin masivo o cómo reaccionar a un intento de invasión policiaca en las universidades, la responsabilidad de organizar y llevar a cabo las actividades diarias se dejaba en manos, sobre todo, de las miles de brigadas estudiantiles, según cada escuela o facultad.

Algunas brigadas se conformaron en exclusiva con jóvenes mujeres pertenecientes a escuelas de matrícula femenina; otras eran mixtas. Padres de familia y otras personas que no eran estudiantes también crearon brigadas de apoyo y participaron junto a los estudiantes. Cada brigada era en gran medida autónoma, cuyos miembros decidían las actividades diarias para llevar el movimiento a las calles. De esta manera la organización dio cuerpo a una mezcla participativa de prácticas políticas directas y de representación.

Es necesario hacer notar que las mujeres del 68 que deseaban colaborar en estas brigadas en principio enfrentaron la oposición por parte de su familia, así como el autoritarismo que existía tanto en las escuelas como por parte del Estado, y en fin, a todo un sistema patriarcal.

Rafaela Morales, militante del movimiento estudiantil del 68, comenta al respecto: “Peleábamos contra el autoritarismo que enfrentábamos más cerca de nosotras [contra las preparatorias y contra el Estado]”.

Elena Castillo, otra mujer que colaboró en el movimiento y que para ello debió oponerse al régimen familiar, recuerda: “Las mujeres no podíamos salir de noche. Todas las noches, antes de que empezara el movimiento, yo estaba en la casa y no podía siquiera pensar en salir después de las ocho de la noche”. La participación suscitó una rebelión contra ciertas limitaciones familiares: “Si eras miembro de una brigada, aunque tuvieras que estar en casa antes de las ocho, no podías decirle a tus compañeros: ‘Bueno, ya me voy. Tengo que irme a casa o mi mamá me va a matar’. En lugar de eso, decías: ‘Oigan, chavos, ¿ustedes me llevarán a casa?’ ‘Sí, claro, pero quédate otro rato y luego te pasamos a dejar’. Y nuestros compañeros empezaron a tratarnos más como verdaderos colegas [...]. Nuestras vidas se transformaron”.

Para investigadoras como Cohen y Frazier (2004), cuando las mujeres eran acompañadas por las noches para regresar a su casa en lugar de que fueran solas, no sólo se reconocían las amenazas contra su integridad física, sino también las diferencias en cuanto al acceso y libertad de movimiento. Esas amenazas inminentes servían como medios para disciplinar a las mujeres en lo social y lo político, con lo que se reforzaban las estructuras del control patriarcal. Aun así, para estas mujeres el 68 abrió oportunidades para las relaciones sociales y, por ende, para su propia participación política.

Las relaciones interpersonales en evolución comportaban un desafío al control patriarcal dentro del núcleo familiar. La participación femenina estaba en gran medida influida por las reacciones de sus parientes. Muchas familias se sentían amenazadas por las actividades de sus hijas y temían que se cuestionaran las estructuras de la disciplina en el hogar. Cuando ellas empezaron a transgredir esos límites, los padres (sobre todo el varón) a menudo impusieron medidas de control más estrictas. Con frecuencia, como recuerda Gloria Jaramillo, la situación de preocupación y control suscitaba conflictos en la familia:

El movimiento era una situación en la que vivías junto con todos tus amigos. Aunque la escuela fuera exclusivamente para mujeres, durante el movimiento estabas de hecho viviendo con compañeras y compañeros que iban a otras escuelas [Tal comportamiento]

era realmente escandaloso para nuestros padres; en primer lugar porque su hija estaba involucrándose en un movimiento social [...] donde no tenía nada que hacer; en segundo lugar, porque fácilmente podría fracturar la autoridad de la familia.

Además, para Cohen y Frazier (2004) el intenso contacto interpersonal en el clima de una situación política volátil contribuyó a derrumbar las ideas que tenían las mujeres sobre el género. Esa ruptura abarcó mucho más que las relaciones hombre-mujer, para incluir una gama de autopercepciones y prácticas sexuales (heterosexuales, homosexuales y bisexuales). Las mujeres relacionaron su despertar sexual con el despertar político. Para algunas, como Angélica Tirado, las implicaciones de las interacciones sexuales entre adolescentes iban en contra de sus ideas previas respecto a lo que significaba ser hombre o mujer: “Empezamos a cuestionar las instituciones”, explica. “Empezamos a cuestionar nuestros propios papeles sexuales”. El movimiento, en su opinión, “creaba una gran camaradería entre los chavos y nosotras. Eso no quiere decir que hubieran dejado de ser ‘machos’, sino más bien que las circunstancias hacían que nos consolidáramos como una sola fuerza”.

Aunque Angélica sólo relacionaba de manera implícita las interacciones sexuales de las mujeres con la posibilidad de una alianza política, desvincular el sexo de un proyecto marital futuro se abrió a la posibilidad de un tipo distinto de intimidad y relación de pareja, uno dirigido –como lo estaban sus energías inmediatas– hacia la urgente lucha política. Además, ahora los hombres y las mujeres podían ser amigos y no sólo parejas románticas o sexuales, explican Cohen y Frazier (*idem*).

Rosa Zamudio recuerda cómo, al ser la única mujer en su brigada, vivió un sentimiento distinto de camaradería con sus compañeros varones, un tipo de relación que antes le era negada: “En el movimiento, mis mejores amigos eran hombres [...] Yo tenía un novio, un arquitecto. Él no quería que participara. No entendía. Terminamos a causa del movimiento”.

Por otro lado, y en contraposición a los padres que no querían que las mujeres se involucraran en el movimiento estudiantil, otros padres y madres sí apoyaron a sus hijas para que lo hicieran e incluso varios se integraron en forma activa. No podemos negar que algunos lo hicieron para cuidar a sus primogénitas, si bien otros lo hicieron por una convicción real en los ideales del movimiento que, no está de más resaltar, conocieron por voz de sus hijas.

Por supuesto que en los hogares también se daba el trato diferenciado de los padres respecto a los hijos varones y las hijas que participaban en el movimiento, con el que daban una mayor permisividad a los primeros. Es obvio que el escenario político

se hallaba totalmente conferido a los hombres, si bien esto no impidió que las mujeres tomarán nuevos papeles.

La investigadora Gloria A. Tirado Villegas habla sobre el proceso de significación de la participación en el movimiento y refiere que éste era distinto para las mujeres y para los varones, “en primer lugar, porque la mayoría de los varones gozaba de una práctica política, una experiencia, y el marco en el que interactuaban pertenecía a un escenario bastante masculinizado. En segundo lugar, porque el movimiento del 68 permitió salir a las jóvenes de la esfera doméstica, tomar conciencia social y formar una autoconciencia” (Tirado, 2004: 106).

Al rebelarse contra esas posiciones, las mujeres no se dieron cuenta de la importancia que ello implicaba contra la autoridad patriarcal, como revelan Cohen y Frazier (2004: 618): “Si bien las mujeres no se veían como feministas *per se*, no por ello su participación política dejó de impugnar las estructuras autoritarias en muchos niveles”.

En un principio muchas mujeres se ofrecieron como voluntarias para trabajar en las cocinas colectivas construidas para alimentar a los militantes del movimiento estudiantil. Fue así como se unieron a las brigadas. Las laboriosas tareas –y a la vez tan restadas de valor–, como lavar los trastes, ir a comprar diversos artículos y preparar los alimentos deben ser también tomadas en cuenta como parte de la configuración del movimiento, pues permitieron que los militantes se mantuvieran fuertes para continuar con la lucha.

Las mujeres del 68 no sólo se conformaron con actividades domésticas. Durante las horas de comida ellas, hasta el momento alejadas del escenario político, escuchaban a sus compañeros, de modo que poco a poco empezaron a participar cada vez más activamente, aunque algunas desempeñaban tales actividades domésticas sin plantearse otra forma de participación. En cambio, otras se sentían inconformes ante la idea de que por ser mujeres debieran cumplir con esas funciones y decidieron que ya no sólo ayudarían a alimentar a los varones, sino que impugnaron las normas, salieron a las calles y llevaron el mensaje del movimiento a los escenarios políticos no formales en que ellas se desenvolvían, como las calles, el mercado y las escuelas de sus hijos.

Susana Rivas, militante del movimiento estudiantil, ha señalado: “Sí, cocinar era nuestra función y lo hacíamos bien. Pero también rompimos con ella. Nos salimos de nuestro papel y convocamos a reuniones espontáneas en los mercados y en las esquinas de las calles, en distintas colonias”.

Es preciso señalar que casi ninguna de las mujeres del 68 tenía experiencia en hablar en público, si bien rompieron con el temor inicial. Salir a las calles fue un

gran aporte para que el movimiento creciera. Brigadas como la de Carmen Torres salieron intencionalmente a buscar el apoyo de las mujeres en los mercados.

Las mujeres también elaboraron panfletos para dar a conocer el mensaje del movimiento. Empero, esta labor fue también subestimada, pues el pueblo era caracterizado como femenino y se atribuía al hecho de que las mujeres tuvieran facilidad de comunicación con el mismo: no como una habilidad política, sino como algo natural por formar parte de él.

Para Cohen y Frazier (2004: 68), cuando las mujeres se involucraron de modo más activo y llevaron a las calles los ideales del movimiento estudiantil, pusieron en duda la exclusividad de la calle y la política para los hombres: “Mediante estas incursiones [...] las mujeres, tan a menudo excluidas del escenario político formal, ponían en duda la definición de la calle y la política como [exclusivamente] masculinas”.

Al hablar de su participación y la de las mujeres del 68, Zamudio indica:

Las mujeres jugaban un papel muy importante, porque participaban al igual que los hombres [...] Compartíamos los mismos riesgos, porque el hecho de subirnos en un camión para distribuir propaganda o para hablar con la gente implicaba el peligro de ser arrestadas o perseguidas. Y tanto hombres como mujeres compartíamos ese riesgo por igual. Los chavos tuvieron que cambiar [...] de hecho cambió su actitud hacia nosotras. Antes, eran conquistadores. Después, hablaban sobre relaciones basadas en la amistad, el compañerismo y la solidaridad (*ibidem*: 615).

Si bien la mayoría de las mujeres participó en las brigadas y muy pocas en el CNH, algunas tuvieron un papel activo en las asambleas de las facultades, donde se debatían día tras día la naturaleza, el propósito y las actividades del movimiento. Varias de ellas han hablado con entusiasmo de esas asambleas diarias. Otras, en cambio, refieren que no se sentían cómodas al manifestar allí sus opiniones, pues existían presiones de sus compañeros para que trabajaran en forma callada, tras bambalinas, o eran inhibidas por ellos. Rosa Bañales recuerda: “Los hombres acostumbraban chiflar y gritarnos cosas cuando tratábamos de hablar. Eso hacía más difícil hablar y expresar lo que pensábamos.”

Para Cohen y Frazier (*ibidem*: 609) este tipo de conductas por parte de los hombres hacia sus compañeras no era más que parte de un sistema patriarcal que reduce a la mujer a un cuerpo y no la reconoce como un ser pensante e inteligente. “Reducidas a cuerpos marcados por el género, a esas mujeres se les negaba nuevamente toda posibilidad de apelar a la mente, a la inteligencia y la razón, que se concedían tan sólo a los protagonistas políticos” varones.

Diversas mujeres se sentían intimidadas también por su falta de experiencia política, aunque ello era en cierta medida contrarrestado por la conciencia, cada vez mayor, de la oportunidad novedosa de participación que les ofrecía el movimiento.

Carla Martínez, al referirse a la participación femenina en el movimiento, observa: “Participar era una novedad, porque nunca antes nos habíamos involucrado en cosas de política. Nuestros compañeros seguían tratándonos como inferiores, pues nos decían que nosotras no sabíamos nada, porque no podíamos hacer nada y ellos podían hacer todo”. Sin embargo, ese trato no impidió que algunas mujeres se regocijaran con sus capacidades recién descubiertas. En efecto, prosigue Carla: “Sí, *yo sé y yo puedo* hacer esas cosas”.

Así pues, pese a lo anterior, las mujeres continuaron participando en forma activa en el movimiento estudiantil y supieron aprovechar la falta de reconocimiento como actores políticos para apoyarlo, al infiltrarse en espacios vedados para sus compatriotas políticos varones. A plena vista de la policía entraban y salían de las instituciones educativas ocupadas y a menudo se les asignaba la tarea de llevar mensajes. Las jóvenes de élite utilizaron su imagen para apoyar el movimiento sin convertirse en sospechosas y pusieron también algunas casas y automóviles al servicio del movimiento.

El movimiento estudiantil había crecido enormemente: estudiantes de distintas instituciones académicas, profesores, intelectuales, obreros, campesinos, padres y madres de familia, amas de casa e incluso sacerdotes se encontraban unidos en la lucha contra el gobierno mexicano autoritario tutelado por Gustavo Díaz Ordaz. Por supuesto, las mujeres se hallaban presentes: lo habían estado a lo largo de la configuración del movimiento y no se puede negar que participaran en la lucha y que desde las bases hicieran posible, en conjunto con los demás actores políticos, que el movimiento cobrara tal fuerza. Así pues, las brigadas resultaron fundamentales para la configuración del movimiento estudiantil.

El 13 de agosto se efectuó una marcha, ahora mítica en la historia de los movimientos sociales en México: el Sindicato de Telefonistas y el de Telegrafistas, médicos y ferrocarrileros, entre otros gremios, se unieron también al movimiento estudiantil. Alrededor de cien mil personas marcharon hacia el Zócalo de la capital del país. Una vez más la movilización estuvo acompañada de golpizas, lanzamiento de gases lacrimógenos y detenciones de cientos de estudiantes por parte de la policía y los granaderos.

Respecto a tal fuerza y unión consagrada en el movimiento estudiantil del 68, la investigadora Florencia Ruiz Mendoza (2011) expresa: “El movimiento social en el país venía desarrollándose de manera aislada e independiente en cada sector (magisterial,

médico, campesino, etc.) y fue el movimiento estudiantil el hecho clave que permitió aglutinar y articular a todos los grupos de lucha, porque tomaron las demandas de los estudiantes como propias: democracia, igualdad, justicia y participación política en la vida del país” (Ruiz, 2011: 370).

No fue hasta el 22 de agosto cuando el gobierno mexicano habló por primera vez de entablar un diálogo con los manifestantes. El CNH respondió que estaba dispuesto al diálogo y que éste debía realizarse de inmediato. En ese clima tuvo lugar otra marcha histórica, la del 27 de agosto, donde participaron alrededor de 400 000 personas. Se efectuó un mitin en el Zócalo, donde al parecer unos provocadores izaron la bandera rojinegra en lugar de la bandera nacional e hicieron repicar las campanas de la Catedral metropolitana. El gobierno tomó esto como una grave ofensa contra dos íconos nacionales.

El 1° de septiembre el presidente Gustavo Díaz Ordaz rindió su Cuarto Informe de Gobierno, en el cual mostró claros indicios de lo que se tenía preparado para los estudiantes y sus seguidores. El primer mandatario manifestó: “Hemos sido en exceso tolerantes y sabemos con certeza que fuerzas externas al seno del movimiento están agitando al país. No quisiéramos hacer uso de la fuerza, pero si es necesario lo haremos”. Sin embargo, nadie llegó a imaginar a qué grado harían uso de las armas.

El 18 de septiembre la política represiva del gobierno dio un giro muy negativo, con una redada masiva: por la noche, en medio de un mitin del CNH en la Facultad de Medicina, el ejército irrumpió en Ciudad Universitaria. La Secretaría de la Defensa Nacional movilizó a miles de soldados, que llegaron con tanques a detener a cientos de universitarios, incluidos padres de familia. El rector Barros Sierra, indignado, condenó la invasión de la universidad por parte del ejército y el atentado contra la autonomía universitaria, ante lo cual presentó su renuncia, que no fue aceptada. Por otro lado la policía, los granaderos y soldados sembraban un verdadero terrorismo de Estado en los barrios de la ciudad y las escuelas. Se suscitaban balaceras nocturnas afuera de las preparatorias y las vocacionales, en Chapingo, en los barrios de Tlatelolco y Zacatenco, donde se encuentran las principales instalaciones del IPN.

El 23 de septiembre el ejército invadió con lujo de violencia las instalaciones del Politécnico. La represión fue aún mayor que la de días anteriores en Ciudad Universitaria. Los soldados llegaron con metralletas. Cuando los estudiantes del IPN opusieron resistencia y trataron de combatirlos, hubo muertos, heridos y detenidos. A la medianoche del 24 de septiembre el ejército toma las instalaciones de Zacatenco, también pertenecientes al IPN.

El fatídico 2 de octubre del 68

La movilización de la que ha sido una de las noches más tristes en la historia de México comenzó por la mañana. Elementos del ejército, de la policía y del Estado Mayor presidencial empezaron a ocupar sus trincheras de muerte. Desde las 10 de la mañana hasta las dos de la tarde sitiaron la zona centro de la ciudad, Ciudad Universitaria, el Casco de Santo Tomás, la Ciudadela, las vocacionales y la plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco. También, por la mañana, francotiradores y militares vestidos de civiles llegaron a Tlatelolco y ocuparon el edificio Chihuahua de la unidad habitacional y el de la Secretaría de Relaciones Exteriores, ambos justo frente a la plaza.

El CNH tenía programado un mitin allí a las cinco de la tarde. Media hora antes el ejército ya había cercado el lugar con soldados y con tanques. El gobierno tenía preparados también cárceles, hospitales y el Campo Militar Número Uno para encerrar a los dirigentes del movimiento.

El mitin se inició a las cinco y media. Se tenía pensado realizar una marcha en dirección al Casco de Santo Tomás, la cual se suspendió porque los asistentes estaban prácticamente sitiados por el ejército. A las seis y cuarto el ejército tomó sus posiciones y 15 minutos después brilló en el cielo una estrella de muerte: las luces de bengala.

Yolanda Casas, brigadista del movimiento, comparte su testimonio:

Al ver en el cielo la ráfaga de luces hubo un silencio generalizado, tensión ante las luces de bengala. Yo pensé que eran cohetes. Por el altavoz los oradores de la tribuna nos decían que nos tranquilizáramos, que no pasaba nada. Empezaron a llover los balazos. La gente trataba de huir, pero éramos tantos que las salidas estaban obstruidas. Alcancé a ver montañas de gente, unas sobre otras, arrastrándose por el piso. Estábamos aterrados y desesperados. Vi cómo los helicópteros colgaban sobre nosotros, disparando con metralletas. Los soldados nos cercaron las salidas, pero no dispararon. Si hubieran querido nos hubieran matado en ese momento. Yo estaba embarazada de dos meses y tenía una hija de dos años. Sólo pensaba en ella y en la manera de que alguien pudiera avisarle qué me había pasado en caso de morir. Finalmente los soldados atrincherados nos gritaron: “¡Pélese ahorita!” Y nos dejaron escapar.

La balacera intensa duró alrededor de media hora, pero se mantuvo intermitente hasta las ocho y media de la noche. Hacia las nueve de la noche todos los departamentos de todos los edificios cercanos eran cateados con lujo de violencia por los

elementos de las fuerzas armadas. El saldo, entre hombres y mujeres, fue de aproximadamente 300 muertos –el Estado sólo reconocía entre 20 y 50–, miles de heridos y otros miles de detenidos. Con motivo de los XIX Juegos Olímpicos, varios periodistas extranjeros se encontraban en Tlatelolco, por lo que fueron cateados por elementos del ejército, que les quitaron las películas de sus cámaras y grabadoras.

El Batallón Olimpia es una sombra negra que persiste y cubrió el movimiento de 1968. Se trató de un grupo paramilitar creado por el capitán Fernando Gutiérrez Barrios, en ese entonces director federal de Seguridad, conformado por miembros del ejército, de la policía y del Estado Mayor presidencial, el cual inició sus operaciones prácticamente con el movimiento. A sus elementos también se les conoce como los del “guante blanco”, pues hay testigos de que el 2 de octubre llevaban un guante de ese color y de que ellos fueron los que dispararon desde los departamentos de la unidad, comandados por el capitán Ernesto Gómez Tagle.

La investigadora Florencia Ruiz Mendoza (2011: 364) subraya: “La represión fue brutal y el mensaje claro y contundente: no habría diálogo ni apertura democrática, sólo sangre y violencia. [...] Sin embargo, el Estado nunca imaginó que la represión sistemática despertaría la conciencia y el ímpetu revolucionario en miles de estudiantes”.

Las mujeres del 68 y los presos políticos

Se pensaría que tras la matanza del 2 de octubre, con el encarcelamiento de los líderes del movimiento estudiantil, convertidos en presos políticos por el Estado mexicano represor, todo se disolvió. Sin embargo no fue así: más bien podemos decir que comenzó una nueva fase, en la cual es importante notar que también las mujeres estuvieron presentes. Muchas mujeres del 68 que participaron en la brigadas continuaron unidas para apoyar a los presos políticos, sobre todo con alimentos.

Raquel Valdez, una de las que ayudó a organizar las redes de apoyo para los encarcelados, exterioriza: “Con frecuencia mis amigas y yo visitábamos a los presos políticos. Toda la dirigencia del movimiento estaba ahí. Ahí entré en contacto con todos los líderes del 68 que habían sido detenidos y también con presos de otros movimientos, como el de los trabajadores ferrocarrileros, los doctores, así como los del Partido Comunista. Hice muchas relaciones [y] aprendí mucho”.

Empero, podemos reparar en que aunque el contacto de Raquel con la cárcel le dio una nueva perspectiva del movimiento y de la política en general, también

tuvo un efecto negativo sobre la importancia de su participación en el movimiento estudiantil: ella asumió la intervención de los líderes varones como la trascendente y la suya casi como frívola y despreocupada. Esto se nota cuando refiere: “Los que no formábamos parte de la dirigencia vivíamos el movimiento desde el ángulo más romántico: el activismo. Hacíamos [...] lo que queríamos. Ayudábamos al movimiento sin demasiadas responsabilidades, más allá de cuidarnos a nosotros mismos o a un pequeño grupo. Pero la cosa era diferente” para los líderes.

Las mujeres del 68 apoyaron a los presos políticos con alimentos, organizaron colectas de víveres, les dieron compañía y los mantuvieron al tanto del exterior. En un primer momento, Gilberto Guevara Niebla recuerda lo importante que fue la solidaridad de las mujeres: “Siempre hubo compañeras, amigas, siempre con nosotros en la cárcel. Y eso era maravilloso”. Cuando más adelante se le pidió que ampliara sobre el papel desempeñado por las visitantes de los presos, explicó: “Mi facultad estaba muy bien organizada para apoyar a los prisioneros. Puedo asegurarles que, durante los meses que estuvimos en cárcel, cada día, cada día (imagínense) los estudiantes me enviaron alimentos, porque la comida que nos daban en la cárcel era horrible”. Según dijo, recibió una canasta diaria durante dos años. “¿Se imaginan el esfuerzo que eso implica? [...] Siempre me sentí apoyado por mis compañeros estudiantes”, concluye.

El relato de Guevara Niebla es un indicio –afirman Cohen y Frazier (2004: 612)– de la forma en que los hombres interpretan el papel de las mujeres. Se nota cómo al principio de la entrevista habla de la solidaridad de las mujeres y posteriormente lo hace de sus compañeros respecto a la labor tan vital para la supervivencia de los prisioneros, como es el alimento: “Para que los hombres pudieran erigirse en líderes y voceros del movimiento, se requería que la militancia de las mujeres se viera como pasiva, maniobra que acabó por borrar su participación y hacer invisibles sus tareas”.

Además, las mujeres proporcionaron a los presos políticos sus servicios profesionales como psicólogas, abogadas, doctoras, maestras y periodistas. Ellas hicieron público el trato brutal del gobierno a los presos, lo cual galvanizó el apoyo a la causa, como se ve en el siguiente apartado.

Todas estas actividades que las mujeres del 68 realizaron después del 2 de octubre no deberían ser olvidadas, aunque así ha ocurrido. A pesar de que esas actividades resultaron de un gran apoyo para los presos políticos, también han sido “invisibilizadas”, además de que entrar y salir de la cárcel les trajo otros problemas, como el acoso, el manoseo y la intimidación sexual.

Los presos políticos cuentan el movimiento estudiantil

Pese a todo lo anterior, fue a los líderes varones encarcelados, convertidos en presos políticos, a quienes se les dio la palabra. Fueron ellos quienes relataron el movimiento estudiantil del 68, y al hacerlo se situaron a sí mismos por encima del pueblo y desdibujaron las bases del movimiento, al enfatizar en su encarcelamiento y en lo que éste implicó. Cohen y Frazier han hecho una importante crítica a este hecho, el cual ha marcado la visión del movimiento estudiantil:

Las narraciones publicadas de los dirigentes varones favorecieron que se generara un discurso universalista sobre el movimiento, en el cual sus experiencias representan toda la gama de participaciones y reafirman la particularidad de esos hombres y del papel que desempeñaron. Al declarar no sólo su capacidad, sino su derecho a hablar por el pueblo, los líderes se sitúan a sí mismos no como parte del pueblo, sino por encima de éste. Se valieron de esa particularidad para reclamar para sí una masculinidad heroica inspirada en la retórica socialista del “Hombre Nuevo”, encarnada en la figura del Che Guevara. Sin embargo, el carácter universalista y el contenido heroico de sus narrativas fueron más el efecto de la experiencia en la cárcel, que de los meses de movilización de las masas (*ibidem*: 594).

Para estas autoras también es significativo que, a pesar del sufrimiento que generó para los presos políticos el encarcelamiento, no lo puntualicen como traumático, sino más bien, como ya se señaló, que se erijan como héroes.

Curiosamente, en sus memorias, los hombres no describen su vivencia como traumática, sino que, más bien, echan mano de historias de violencia y degradación para dar muestra de su fortaleza heroica. Al tomar esos escritos como fuente primaria para comprender el movimiento estudiantil de 1968, nos sorprendió la proporción tan grande que ocupan los relatos de la cárcel en los textos y las formas en que el trauma de esa experiencia, aunque sin ser mencionado, avasallan las narrativas de los hombres de 1968 y deja fuera los eventos previos de “las calles” (*ibidem*: 600-601).

También hacen notar que la participación de las mujeres en el movimiento quedó reducida, mientras que la de los hombres que sufrieron el encarcelamiento trascendió:

Si bien el sufrimiento y el heroísmo de la cárcel son los *tropos* ordenadores que definen el estatus de esos hombres como líderes, dichas virtudes son inaccesibles para las bases,

lo que se hace patente en el predicamento de las mujeres militantes: no sólo son pocas las que participan en el estrato más alto del movimiento, sino, más importante aún, en cuanto mujeres encarnan la feminización del movimiento-nación.

Mientras que los hombres *trascendieron* su cuerpo por medio del dolor físico y emocional, haciendo extensivos privilegios incorporados a una ciudadanía universal que ya poseían por ser hombres, la acción política de las mujeres, en cambio, no podía trascender la relación con su cuerpo.

El sometimiento nunca puso seriamente en entredicho la actuación [*agency*] de los hombres, sino que, más bien, la reconfiguró e identificó con las luchas contra el autoritarismo y el imperialismo que ocurrían en el mundo entero. El movimiento se volvió sinónimo de una vanguardia que privilegiaba la estrategia política y el saber de un círculo interior por encima de las acciones de miles de individuos (*ibidem*: 603).

De este modo el movimiento estudiantil del 68 sólo fue visto con la mirada de los presos políticos y con ello no únicamente se perdieron cosas importantes, no sólo se olvidaron las bases y se “invisibilizó” a las mujeres, sino que también se contrariaron los ideales del movimiento.

En palabras de estas mismas autoras, “la experiencia de un puñado de vociferantes líderes varones se convirtió en *la* experiencia del movimiento, lo cual chocaba directamente con los objetivos generales de apertura e inclusividad” (*idem*).

No obstante, consideramos que en las páginas anteriores se aprecia cómo las mujeres del 68 sí participaron en el movimiento estudiantil, y no sólo eso, sino que constituyeron una parte fundamental en la configuración, consolidación y actividad política del mismo.

Cohen y Frazier asientan que “los relatos femeninos contradicen la idea común de que las mujeres ‘sólo’ cocinaban o que en realidad no participaron. Sus historias revelan, en cambio, lo mucho que en verdad estaban involucradas y nos lleva a una interpretación del 68 como un movimiento con amplias bases sociales, que no sólo cuestionaba el autoritarismo en el escenario político formal, sino también en el ámbito doméstico” (*ibidem*: 621).

Ana Ignacia Rodríguez, ex integrante del CNH, relata en una entrevista intitulada “Pelearé hasta que se castigue a los culpables del 68” cómo vivió su papel en el movimiento: “La discriminación de la mujer en el 68, ¡en serio!, es enorme. Nuestra participación fue determinante en el movimiento estudiantil. Fuimos oradoras, sacábamos muchos pesos en las brigadas, hacíamos pintas”. De igual modo, Rodríguez reconoce que hubo otro tipo de participación, no solamente de aquellas

dirigentes que son fáciles de descubrir en los libros y otros textos. Lamentablemente, las mujeres del 68 asumieron esta visión y discurrieron su participación como casi irrelevante. Pese a que señalaban que el movimiento estudiantil cambió profundamente sus vidas, consideraban que los líderes varones y en todo caso sólo *la Tita* y *la Nacha* (Roberta Avendaño y Ana Ignacia Rodríguez Márquez, respectivamente), las dos mujeres que sí tuvieron un asiento en el CNH, merecían ser reconocidas. Se trata de una visión que, como vemos, ha impregnado casi por completo el estudio del movimiento estudiantil del 68.

Cohen y Frazier finalizan:

Las mujeres no consideraban que su participación tuviera implicaciones explícitamente políticas. Aunque se vieron obligadas a cuestionar las normas de género en sus vidas personales, no relacionaron ese descubrimiento con el contexto más general de protesta política: lo personal aún no se había vuelto político. Sin embargo, las autocríticas de las mujeres nos permiten ver cómo surge un sentimiento de actuación [*agency*] política marcado por el género a partir de las transformaciones socioculturales en las vidas personales de esas mujeres.

De igual manera, los relatos ostensiblemente políticos de los líderes varones se construyeron dentro de nociones de masculinidad [personal] culturalmente determinadas. Este vínculo entre luchas culturales por el género en la vida personal de las mujeres y la entonces tácita lucha por el género en el escenario político formal hace aún más conmovedor el hecho de que las mujeres no dejaran de aceptar aquel marco del movimiento que estaba centrado en los líderes.

Debemos insistir en que lo personal es político y, aún más, que lo político es personal; debemos vincular los asuntos de la subjetividad política a los de los movimientos sociales y los proyectos de transformación (*ibidem*: 619).

Conclusión

Consideramos que el presente trabajo ofrece un pequeño panorama de la participación de las mujeres en el movimiento estudiantil de México en 1968, y que al analizar tal participación notamos que resultó crucial en la configuración del movimiento social, por lo que no debe ser olvidada. Las labores tanto domésticas como políticas que ellas desempeñaron a lo largo del movimiento fueron de gran valía para que se consolidara con semejante fuerza.

Como se señaló, la lucha de las mujeres no fue sólo contra el gobierno mexicano autoritario, sino también contra el sistema patriarcal que las oprimía. Esas mujeres del 68 enfrentaron a sus familias, que se oponían a que participaran en el movimiento; igualmente a sus propios compañeros de lucha, que las inhibían o reducían; desafiaron sus miedos a expresar sus ideas políticas y, nos parece, lo convirtieron en un proyecto fundamental para las mujeres de México.

Sin embargo, todavía no se ha hecho justicia al papel tan importante de las mujeres en este movimiento estudiantil, debido a que los hombres (líderes) han sido y siguen siendo los que han narrado estos acontecimientos.

Por lo anteriormente expuesto, en cada ocasión que se presente la oportunidad es necesario reivindicar el papel de las mujeres en escenarios políticos como el del movimiento estudiantes de 1968 en México.

Bibliografía

- BENHABIB, Seyla y Drucilla CORNELL, “Más allá de la política de género”, en Seyla BENHABIB y D. CORNELL, *Teoría feminista y teoría crítica*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1987.
- COHEN, Deborah y Lessie Jo FRAZIER, “México 68: hacia una definición del espacio del movimiento. La masculinidad heroica en la cárcel y las ‘mujeres’ en las calles”, en *Estudios Sociológicos*, vol. XXII, núm. 3, 2004.
- CÓRDOBA GARCÍA, David, “Identidad sexual y performatividad”, en *Athenea Digital*, núm. 4, otoño de 2003.
- CRUZ FLORES, Karina L., “La participación de la mujer universitaria en el movimiento estudiantil de 1968 en México”, en *XI Congreso Nacional de Investigación Educativa*, México, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2011.
- FRAISE, Geneviève, “El concepto filosófico de género”, en Silvia TUBERT (ed.), *Del sexo al género*, Valencia, Càtedra/Universitat de València, 2007.
- MOLINA PETIT, Cristina, “Debates sobre el género”, en Celia AMORÓS (ed.), *Feminismo y filosofía*, Madrid, Síntesis, 2001.
- NICHOLSON, Linda, “La interpretación del concepto de género”, en Silvia TUBERT (ed.), *Del sexo al género*, Valencia, Càtedra/Universitat de València, 2003.
- PATEMAN, Carole, “Hacer un contrato”, en C. PATEMAN, *El contrato sexual*, Barcelona, Anthropos, 1995.
- PULEO, Alicia, “Lo personal es político”, en Celia AMORÓS y Ana DE MIGUEL (eds.), *Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización*, vol. 2, Madrid, Minerva, 2005.
- REVERTER BAÑÓN, Sonia, “La perspectiva de género en la filosofía”, en *Feminismo/s. Revista de Investigación Feminista*, Alicante, Universidad de Alicante, 2003.

- RUIZ MENDOZA, Florencia, “El movimiento estudiantil de 1968 en el proceso de radicalización hacia la lucha armada en México: 1968-1971”, en *Conflicto Social*, año 4, núm. 5, 2011.
- SCOTT, Joan W., “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en Marta LAMAS (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG, 1996.
- TIRADO VILLEGAS, Gloria A., “Otra mirada al 68: mujeres universitarias en Puebla”, en *Miscelánea*, 2004.